

¡ay! siempre el silencio y la inmovilidad de la muerte. La fe del doctor Recamier estaba sujeta á una dura prueba.

La sorpresa y el dolor no le permitían decir una sola palabra.

Después de reflexionar por algunos instantes, dijo á las personas que le rodeaban:

—Tomad dos cepillos y frotad con ellos sin cesar todos los miembros de este cuerpo, y muy particularmente el pecho. No, es posible que nuestra Señora haya dejado perecer esta alma en la desesperación.

Dos piadosas mujeres cumplen con lo prescrito por el doctor. Este examina á cada minuto y con atención, lleno de impaciencia, si parece alguna señal de vida. Después de una hora de esfuerzos y de vivas ansias, el rostro del facultativo se ilumina de repente, y exclama presa de la mayor emoción.

—¡Vuelve á la vida, vuelve á la vida! ¡Ya lo decía yo! ¡Nuestra Señora no podía dejarla morir así! ¡Yo cuido á los enfermos; mas es Dios quien los sana!

Le prodigaron á la pobre doncella todos los cuidados que reclamaba su triste estado. Poco á poco se puso completamente buena. Por mucho tiempo lloró con lágrimas de amargura su delito, y pidió humildemente á Dios que se lo perdonara.

Un día, en fin, se convenció de que no podía mejor expiar su crimen ni mostrarse más agradecida á su soberana Bienhechora que consagrándose al servicio de Dios en el estado religioso. Para ello solicitó con una perseverancia superior á toda prueba, un puesto en el noviciado de las Hermanitas de los Pobres. La piadosa modista fué recibida en esa Congregación admirable, y vivió en ella muchos años dando á todos ejemplo de las más sublimes virtudes.

Descansó en paz, hace pocos meses, siendo Superiora de una de las casas de Hermanitas, y reconociendo hasta el fin que debía su salud temporal y eterna al santo escapulario de nuestra Señora del Carmen.

VARIETADES.

LA GLORIA DE DIOS

Cada nota que el viento murmura,
cada rayo de luz en el sol,